

LA DEFENSA REVOLUCIONARIA

EXIGENCIAS DE LA C. N. T. ANTE LA CRISIS DEL GOBIERNO

1.º Depuración de las fuerzas de Seguridad Interior y de sus mandos; constitución de una C. asesora política en cada capitalidad de zona adjunta al comisario, tendiente a facilitar la labor del mismo en toda serie de conflictos entre organizaciones que pudieran plantearse, a fin de evitar la intervención de la fuerza pública cuanto fuere posible; solicitando la posesión de determinados puestos en el Cuerpo único de Seguridad, en relación con los que posea la Junta de Seguridad Interior, y derecho legal de sindicación de las fuerzas de Orden Público.

2.º Eliminación de Comités de última creación, cuyas funciones obstaculizan la misión de la Consejería de Defensa, arrojándose atribuciones que solamente a ésta competen. Acondicionamiento previo de la movilización, a fin de que ésta no resulte ineficaz y contraproducente, tanto por lo que se

refiere al problema de los aprovisionamientos.

3.º Buscar una compenetración absoluta y eficaz entre los departamentos de Industria y Comercio, para facilitar la tarea del departamento de Abastecimiento en cuanto éste se relaciona con el comercio exterior, etc.

4.º Apoyo a las colectividades agrícolas en todos los aspectos, fomentándolas, estimulándolas y perfeccionándolas, e intervención de las diferentes organizaciones en el control bancario de Cataluña sobre la Hacienda nacional.

5.º Socialización de la tierra y otros diez apartados más, todos ellos de capitalísima importancia.

6.º Constitución en cada Consejería de una Comisión asesora, integrada por representantes de las organizaciones que integran el Gobierno de la Generalidad.

7.º Revisión de sueldos oficiales.

COMO PRACTICAN ALGUNOS LA UNIDAD

Alrededor de la última crisis del Gobierno de Cataluña se ha puesto en evidencia, una vez más, la existencia de partidos que se empeñan en una posición contrarrevolucionaria. Y que utilizan todos los resortes de la política demagógica, todas las maniobras de viejo cuño, para crear dificultades a la marcha de la transformación revolucionaria que ellos mismos se comprometieron a desarrollar como base del frente antifascista, cuando la C. N. T. entró a formar parte en el primer Consejo de la Generalidad.

Se ha lanzado la consigna de «Ganar la guerra y administrar después la victoria», como si la guerra pudiera ganarse sin operar profundas transformaciones económicas, sin imprimir ritmo revolucionario a la producción, sin crear en el pueblo una moral revolucionaria.

Se ha explotado el «derecho de la pequeña burguesía», que la C. N. T. y la F. A. I. acordaron respetar por imperio de las circunstancias, pero sin pensar ni permitir que de ello se haga un freno a los avances del proletariado en las realizaciones socialistas.

Se ha creado una corriente «pequeñoburguesa» como dique político a las fuerzas preponderantes del anarquismo y del anarcosindicalismo.

Se ha revalorizado a partidos y sectores que estaban reducidos casi a la nada el 19 de julio, recogiendo el aluvión de los elementos forzados a andarse.

Se han firmado pactos concretos con programas revolucionarios — reduciéndose el acto de la Monumental — para después negarse a cumplimentarlos.

Se ha torcido la voluntad del proletariado, sometiendo a la U. G. T. de Cataluña a la hegemonía absoluta de un partido político convertido en defensor sistemático e interesado de la pequeña burguesía, en contra de los intereses de la clase trabajadora.

Se ha montado un aparato de espectáculos partidistas para crear una corriente favorable a la dictadura gubernamental.

Se ha querido desvirtuar la realidad revolucionaria, con el mito del «Ejército regular», de la «bandera única», de «todo el poder al gobierno», de «supresión de Comités y Patrullas», fuerzas auténticas de la Revolución.

Se ha querido hacer del «Orden público» una reflexión del orden impuesto a las fuerzas más revolucionarias del proletariado.

Se ha especulado y manofreado desde los cargos públicos, contra los intereses del pueblo, llegando a explotar sus penurias y a excitar su descontento.

Se han puesto trabas a la unidad de la C. N. T. y la U. G. T., a pesar de que la base de la sindical marxista desea la alianza y la ha realizado en empresas e industrias diversas.

Se ha abusado de las circunstancias de guerra, arrancando declaraciones públicas, ante campañas difamatorias contra los frentes de Aragón, por el hecho de ser en su mayor parte sus combatientes de la C. N. T. y la F. A. I.

Se ha hecho política anticonfederal y antianarquista y se ha llegado a robar armamento con propósitos imaginables pero inconfesables.

Se ha pretendido que «la C. N. T. tenía menos efectivos que la U. G. T.», haciendo cálculos absurdos y grotescos por parte de jefes políticos anarcófilos.

Se ha intensificado la campaña contra la «Alianza Obrera Revolucionaria» que propician C. N. T. y F. A. I. y que está a punto de ser formalizada entre los Comités nacionales de la C. N. T. y la U. G. T., sacando a relucir el odio a una consigna que no ha lanzado ninguna organización y que no debe auarar a nadie, la del «Gobierno sindical».

Se han lanzado acusaciones contra la C. N. T. pretendiendo cargar sobre ella la responsabilidad de sucesos provocados por elementos fascistas infiltrados en la retaguardia con carnets sindicales.

Se ha enviado al extranjero una propaganda infame, de calumnias y absurdos, contra el anarquismo y el anarcosindicalismo español.

Se ha utilizado las letras de la U. G. T. — con cuyos proletarios desean los de la C. N. T. una fraternal conjunción de esfuerzos — para hacer obra política con vistas al exterior y apuntando a satisfacer planes de ciertos dirigentes políticos.

Y — hay que recalcar esto muy especialmente — se han planeado golpes políticos al mismo tiempo que se ha proyectado un «abrazo de Vergara» que sería la más vergonzosa de las traiciones al pueblo antifascista de España...

Estamos a nueve meses casi de guerra revolucionaria. En momentos decisivos, en los que hay que estar unidos más que nunca. En los que se debe declarar menos y hacer más por la victoria. No puede lograrse esto, mientras sigan en su posesión y actividad contraria a la Revolución proletaria los políticos obsesionados por un afán de destrucción antianarquista. No puede lograrse una retaguardia sana de las y una unión extensa de traiciones y deslealtades, mientras no se ponga punto final a la obra solapada de la contrarrevolución.

Todo el pueblo repudiará a los que insisten. Todo el pueblo procederá en consecuencia.

Mientras nuestros milicianos de todos los frentes de guerra hacen por la Revolución el sacrificio de sus vidas, nosotros, en la retaguardia, tenemos que entregarnos con plena conciencia de nuestra responsabilidad, a poner en práctica la DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN.

Nos lo impone no sólo el imperativo histórico de esta hora que vivimos como pueblo que gesta un mundo nuevo. Nos lo impone el compromiso contraído con las columnas armadas del pueblo que han marchado contra el ejército enemigo. Nos lo impone el clamor de los combatientes, nos lo exige la voz categórica de nuestros hermanos que matan y mueren por un ideal. Nos lo exige la voz de orden que desde las trincheras ejerce el derecho innegable de decir su proclama a la retaguardia, a esa retaguardia que a veces olvida que la última palabra, la decisiva, es la que surge del lugar del sacrificio, donde la metralla abre paso a la victoria.

¡APLASTAD A LA CONTRARREVOLUCIÓN, CAMARADAS! He aquí su mandato. Nuestro deber es hacerlo realidad.

Contrariamente a lo que algunos piensan, una Revolución de carácter social, aunque no sea totalitaria, aunque esté reducida a un mínimo de conquistas fundamentales en el terreno de la economía, no se defiende exclusivamente con el ejercicio contundente de la violencia. Los fusiles del pueblo armado en defensa de la Revolución pueden cumplir su misión contra otras fuerzas armadas que intentaran ahogarla o desvirtuarla, desviándola de sus cauces con el empleo de la violencia. Pero hay un aspecto, que es vitalísimo, al que hay que asignar el 80 por ciento del éxito revolucionario. Es la economía revolucionaria. Es la defensa de la Revolución mediante realizaciones de carácter económico que ponen a su servicio los elementos decisivos: los medios de producción, las fuentes y recursos naturales de riqueza, los instrumentos de transporte y los accesorios del sistema de explotación industrial y agrícola.

Es la defensa que puede resumirse en dos aspectos, igualmente imprescindibles, para asegurar la victoria. Primero, la aplicación de la economía de las zonas que están en poder del pueblo a las exigencias de la lucha armada en que se decide la suerte de la Revolución. Segundo, la participación directa de los productores en la producción y distribución, a través de organizaciones especializadas — los Sindicatos — que agrupan a los trabajadores, donde se realicen los planes de explotación económica según las necesidades colectivas y al margen de intereses partidistas y tutelas políticas.

Por las características de la guerra que sostenemos, el primer aspecto no puede resolverse con un poco más de buena voluntad, unas horas más de labor, de parte de los productores. Requiere una solución amplia, profunda, revolucionaria. Exige lo que podemos llamar concretamente la MOVILIZACIÓN ECONÓMICA DE LA RETAGUARDIA.

Esta movilización no puede lograrse más que por métodos revolucionarios. En efecto, ella abarca VISION Y EXPLOTACIÓN DEL CONJUNTO DE LOS MEDIOS ECONÓMICOS; vale decir, la superación de todo interés particular, la supeditación de cualquier problema al de las necesidades de la guerra. En otros términos: plan de conjunto en la producción; plan de conjunto en la explotación de riquezas naturales; plan de conjunto en la distribución de recursos, de brazos, de elementos mecánicos y humanos necesarios para su consecución; plan de conjunto en la distribución de productos y artículos de consumo; plan de conjunto en lo que respecta al comercio y al intercambio interior y exterior; plan de conjunto, en suma, en que se siga estrictamente, aplicando el mismo principio a todos, el camino del máximo rendimiento pro-

ductivo y del mínimo consumo de riquezas, para dotar a los frentes de lucha del armamento necesario y abastecer a los frentes y a la retaguardia de lo indispensable para vivir y trabajar para el triunfo de la causa revolucionaria.

Hacer la guerra y ganarla significa defender la Revolución. No puede hacerse ni ganarse la guerra, sin la movilización económica. No puede hacerse esta movilización económica sin medidas revolucionarias.

¿Quién debe llevar a cabo esa movilización, pasando por encima de todo egoísmo, de cualquier sectarismo partidista, del ajetreo de la política contrarrevolucionaria? ¿Cómo puede darse rápida solución a este problema? ¿Con qué elementos puede cumplirse este aspecto vitalísimo de la defensa revolucionaria?

La respuesta es una: LOS PRODUCTORES, POR MEDIO DE SUS ORGANISMOS ECONÓMICOS, UNIDOS EN LOS LUGARES DE PRODUCCIÓN, EN LOS SINDICATOS Y FEDERACIONES AGRÍCOLAS E INDUSTRIAS, PUEDEN Y DEBEN SER — POR SU ESPÍRITU REVOLUCIONARIO Y POR SU CAPACIDAD ECONÓMICA — LOS PLANES ECONÓMICOS PARA GANAR LA GUERRA.

Hay una condición que es denominador común de todos los que trabajan en campos y ciudades: la condición de productores. Hay un interés común que liga a todos los productores, sea cualquiera la tendencia política-social a que pertenezcan: el interés de emanciparse del yugo capitalista. Hay una aspiración encarnada en el alma del proletariado español, que se conforma a su temperamento y a sus tradiciones, a su psicología y a su historia revolucionaria: la aspiración de vivir en libertad, sin dictaduras de ninguna especie.

Debe repetirse cuantas veces sea preciso: su directa intervención impidió el triunfo del fascismo el 19 de julio; su directa intervención, al posesionarse de la industria y de las tierras abandonadas por la burguesía, salvó de un colapso fatal a la economía en los momentos decisivos; y su directa intervención, también, en la dirección gubernamental del país, salvó de situaciones desastrosas a nuestro pueblo.

De hecho, pues, ha sido puesto en práctica el método revolucionario que significa la acción directa del proletariado. Sólo que esta acción fue limitada, por cuanto no fué posible ir a realizaciones totalitarias y, con el correr de los días, fué deteniéndose el impulso transformador gracias a una corriente contraria a la Revolución, incubada al calor de la transigencia de nuestro movimiento para con sectores que descendieron de la cima del entusiasmo de los primeros días, a medida que fueron recobrando posiciones, en virtud de factores que no volveremos a reseñar aquí.

Para defender la Revolución, en este segundo aspecto de la gestión económica directa, por parte de los trabajadores, hay que retomar el ritmo realizador, el camino de la superación de la obra empezada, dando cumplimiento a la voluntad expresada en los acuerdos técnica y moralmente admirables de los comités sindicales más recientes.

LA ECONOMÍA A LOS SINDICATOS. — He aquí la concreción más resumida del problema. Afianzando las características proletarias de la Revolución, estructurando por industrias a los Sindicatos, socializando la producción y el consumo, ampliando las colectivizaciones agrícolas, hasta la municipalización de la tierra, tomando para la organización sindical la función rectora y administradora de toda la economía, ha de asegurarse la Revolución contra todos los embates adversos, hasta su afianzamiento definitivo.

BUJARALÓZ RINDE HOMENAJE A DURRUTI



Durruti vive en el corazón de nuestro pueblo. Más aún, en el corazón de todos los oprimidos del mundo. Durruti, el anarquista ejemplar, guía en su obra libertadora a las columnas heroicas de los frentes de Aragón. En las tres divisiones de la C. N. T., el «DÍA A LOS COMPAÑEROS QUE SIGAN» señala el rumbo hacia la victoria.

Bujaraloz ha recordado a Durruti el domingo, 4 de abril. Las fotos son aleccionadoras: la plaza, la multitud conmovida y el jefe de su gloriosa División, camarada Manzana, hablando de la obra del querido muerto...

A LOS CHARLATANES QUE HABLAN TODAVIA DEL "PEREZOSO FRENTE DE ARAGON", LLEVARLOS A LA PRIMERA LINEA DE FUEGO...